

CALLAR

De lo que no se puede hablar, ¿hay que callar? Un autor no puede hablar del libro que él mismo escribió. Y no sólo por pudor o por discreción, que ya serían de por sí razones de suficiente peso, sino también, y sobre todo, porque, en los términos que alguna vez planteó Roland Barthes, no es sino el repliegue del autor (como principio de autoridad de soberano de la obra) que se habilita y se potencia el lugar de los lectores, el lugar de la lectura. Si no se puede hablar, hay que callar. Aunque también ese callar, llegado el caso, puede decirse.

De todos modos, yo no soy el autor de *Me acuerdo*. Lo soy, sí, del que publicó Editorial Godot con mi nombre; pero antes fui (antes soy) lector de otros *Me acuerdo*: el de Joe Brainard (que fue el que concibió el formato) y el de Georges Perec (que lo retomó bajo esta declaración sincera: “Un libro digno de ser copiado”). No fue otra cosa que esas lecturas lo que me impulsó a escribir mi propio *Me acuerdo*. No fue mi vida, no fueron mis recuerdos, no fue mi infancia, no fue la evocación personal. Fueron esos otros *Me acuerdo*: el de Brainard, el de Perec, luego el de Margo Glantz, que los retomó a su vez. El movimiento no fue de la vida al texto, fue de texto a texto, de la lectura a la escritura.

Y eso tiene que ver con la modulación singular que es propia de *Me acuerdo*. Sus materiales son, en efecto, autobiográficos; el yacimiento que los provee es, en efecto, la memoria personal. Y sin embargo el *Me acuerdo* no es un libro autobiográfico ni es un libro de memorias. No lo es, por lo que la escritura hace con esos materiales, por la forma en que opera con ellos. Lo que hace es disponer los recuerdos como objetos de un listado, a manera de inventario, en lugar de articularlos en el flujo de una narración. Los recuerdos, en vez de integrarse en un relato dador de sentido, se suceden fragmentados como piezas de una colección.

El sujeto de la memoria es filtrado por esa escritura, que lo contiene, que lo detiene, que le impide traspasar. Los recuerdos quedan ahí, ya sin sujeto, como objetos de escritura, como si la escritura misma los hubiese recordado (no todos los lectores soportan que el sujeto no esté y lo reponen a su entero arbitrio, ajenos a lo que la escritura hace; pero entonces lo que leen no es en absoluto *Me acuerdo*). La catalogación, convertida en procedimiento literario, imprime un efecto especial sobre el plano de lo vivido (Perec lo emplea también en *Pensar, clasificar*, aplicado a la enumeración pormenorizada de los objetos que hay en su escritorio; en *Tentativa de agotar un lugar parisino*, aplicado al registro exhaustivo de lo que se ve desde la ventana de un bar; en *Comí*, aplicado a la consignación completa de todo lo que ingirió a lo largo de un año). Las vivencias se disponen como huellas de lo ocurrido, ajenas a una voluntad de afectación o interpretación. Eso existe, pero silenciado, en los blancos que separan una anotación de otra.

Funcionan al igual que las fotos, al menos como las concibió Roland Barthes:
certificando un “esto ha sido”, no hacen sino testimoniar una indefectible ausencia.

MARTÍN KOHAN